

SIN NINGUNA IMPORTANCIA

The Time is money

NO perdió el tiempo ciertamente nuestro admirado y admirable Sir Rowland Hill cuando tuvo la idea genial de crear el sello de Correos.

Pero ¿ha visto usted una cosa tan sencilla? Un pequeño rectángulo, un paisaje, una efigie, unos caracteres, unas cifras... Elementos todos al alcance de nuestras manos. Pero...

Usted no tuvo nunca la feliz ocurrencia de reunirlos, de combinarlos, y con ello perdió para siempre la oportunidad de haber pasado a la posteridad. Confesamos que otro tanto nos ha acontecido a nosotros, más el hecho es que estamos catalogados definitivamente como unos entes vulgares. Y, sin embargo, cuántos nuevos y profundos cauces se abrieron a la vida.

Por de pronto, las comunicaciones dejaron de ser privativas de ciertos poderosos señores u organizaciones más o menos estatales y todos comenzaron a tener derecho a participar, previo pago del estipendio fijado en los sellos, de todos aquellos beneficios inherentes a una red de comunicaciones que, porque sus ingresos se hicieron pingües y mejor administrados, se iba haciendo más y más extensa. No tardó en nacer la idea del respeto absoluto al secreto de la correspondencia y así, sobre estas sencillas y fundamentales bases, empezaron los preparativos para fijar los cimientos del vasto servicio que hoy constituye el Correo moderno.

Maravilloso resultado que sin la inventiva del sello difícilmente se hubiera podido conseguir. Ahí es nada: sentarse usted a la mesa de su despacho a escribir y tener la seguridad que aquellas líneas van a hacer blanco sobre el amigo moroso, que se ha ido al Pakistán huyendo, para hacerle volver de su inconsciencia recordándole las cien pesetas que le dejó a deber en su última partida de giley. O comprobar la exactitud cronométrica con la que llegan a sus pecadoras manos las no despreciables facturas del modisto de su señora, sin pasar por alto las encendidas endechas que supimos dirigir a nuestro adorado tormento que, al pasar a la categoría de esposa, se las ha traído a casa muy ataditas con unas cintas de seda multicolores, a la vista de las cuales, leyéndolas de nuevo, no acertamos a comprender cómo pudimos ser presa de semejante estado de idiotez.

¡Ah, Sir Rowland Hill, cuánto te debemos!

Pero, no dejemos de ser justos y tributemos un respetuoso y agradecido recuerdo, lleno de admiración, para aquel gran estadista que se llamó en vida Excmo. Sr. D. Luis José Sartorius, Conde de San Luis, que, como ustedes saben, implantó en España, ahora

precisamente hace un siglo, el sello adhesivo para la correspondencia «que ya se usaba en algunos países de la culta Europa». ¡Qué ingente suma de pesetas se habrá recaudado, por este concepto, desde entonces acá! Ello ha dado motivo, lo mismo que en los demás países, a que el Correo universal sea hoy una organización perfecta, si es posible que así lo digamos, por la que las ideas, bajo sobres, discurren con libertad absoluta y sin que se le pongan obstáculos de ninguna especie al atravesar las fronteras. Admirable acoplamiento de una formidable máquina cuyas piezas te obedecerán ciegamente, anónimamente, lector, para que los sentimientos de tu espíritu o las razones de tu economía, palpiten, de nuevo, ante los ojos de su destinatario, por muy antípoda que te sea.

El público no se para a pensar en la grandeza de las cosas sencillas que lo son porque se le dan hechas, en la labor callada de los funcionarios postales de todo el orbe porque, como los niños, quiere que todo se le dé desprovisto de toda suerte de preocupaciones o enojosos análisis, y también porque nadie se preocupa de hacerse las comprender y recordar con alguna frecuencia. Bien seguros estamos que muy escaso número de personas conocerán que para que exista un perfecto concierto de deberes y derechos internacionales, en el orden postal; para que cesara aquella primaria definición del Correo a quien se consideraba como un simple agujero por donde se echaban las cartas, fué necesario crear un alto Organismo Central de mucha más rancia estirpe que la O. N. U., en la cual, sin tantos banquetes, dietas, ni palabrerías, se atiende al magnífico equilibrio de los encontrados intereses del mundo, imponiendo una legislación justa y previsoras que, antes de rozar, salvaguarda más bien las leyes estatales de cualquiera país. Esto, y otras muchas cosas no las sabe el público y por eso aún se cree, como antes os decía, que el Correo actual sigue teniendo su principio y fin al lado de cualquier buzón.

No, señor; piense usted que, además de los múltiples servicios que nos presta, así en el área nacional como en la internacional, ha dado lugar también a esa nueva ciencia llamada filatelia en donde burla burlando, nuestra juventud, por lo menos, se afirma en muchos conocimientos que los tiene prendidos con alfileres.

Ya ve usted la trascendencia que han tenido aquellos insignificantes rectángulos adhesivos a la correspondencia.

¡Gracias, muchas gracias, Sir Rowland Hill!

MARIANO E. CARDENAL

